

DOMINGO 12 DE ABRIL DE 1868.

REVISTA DE LA SEMANA.

Tengo por averiguado que entre los trescientos sesenta y seis días de este año, no hay siete tan nobles y honrosos como los de la semana que acaba de pasar. Bajo cualquier aspecto que se les mire son y serán siempre honor y gloria de los Almanques, alivio y descanso del hombre; porque, ¿qué puede existir en la corta vida de un año mas significativo y solemne que este período consagrado periódicamente á ser simbolo de lo pasado, resumen de la tradicion, afianzamiento de las creencias, representacion de la mas triste historia que vieron los pasados, ni piensan ver los venideros siglos? Bien como aquel que celebra anualmente en el seno de su familia el día de su natalicio ó el de cualquier fausto suceso, digno para él de memoria, asimismo el linaje humano celebra de año en año el fausto suceso de su regeneracion, de su nueva vida, de su entrada en el nuevo camino del amor comun y de la virtud.

Pero dejando estas altísimas cosas, que necesitan mejores plumas, abatamos el vuelo, examinemos esta semana bajo un aspecto un poco mas poético y vulgar. La Semana Santa llega con mongiles y tristísimas tocas, y acábanse las alegrías profanas, los espectáculos mundanos, las músicas y festejos. Los teatros guardan avergonzados en la última gabela de sus archivos el mal pergeñado engendro gali-parlino, y esconden en el último pliegue de su grotesco traje cascabelero la impertinente sonrisa del amanerado actor, que ha recibido del público el derecho inalienable de aburrirle metódicamente por espacio de tres horas bien contadas. La Semana Santa avanza; y llega un día en que su natural compuncion y recogimiento exigen que se impida la publicidad cocheril; que todo lo que rueda se reduzca á la inaccion y al silencio. Pero entonces, adios tocas humildes y recogidas, adios negros y modestísimos trajes. ¿Qué puedo decir de las faldas de raso, de los terciopelos, de las joyas, de los diamantes, lazos, tocados, cintas y perendengues? Por ahí van en la tarde del Jueves las hijas de Madrid tan vistosas y gallardas, que no las igualarán arcángeles celestiales, si ángeles bajaran á estas tierras; y como aumenta su compostura y donaire el ir andando por sus propios pasos y no encajonadas en esos pesados coches que las llevan con rapidez y las ocultan hasta medio cuerpo, nos felicitamos de esta costumbre de eliminar ruedas, que da á la poblacion, silenciosa magnificencia y aspecto variado, solemne y bello.

Francamente, un Viernes Santo cree uno en la igualdad social.

Llega la tarde del Viernes, y sale una luenga y concurrida procesion, que lleva tras sí la mitad de los madrileños. Esta procesion ofrece asunto para altísimas y trascendentales consideraciones; pero no las haremos, porque el sábado se acerca y nos lo impide. Llega el sábado, suenan las campanas, despiertan los coches de su catalepsis de dos días, el simon velocifero cruza las calles saltando de adoquin en adoquin, de bache en bache, vuelve todo á su ser y estado, se bendice el agua y los inciensos, y con algun paseo vespertino á la Castellana y al Retiro, con una merienda expansiva en el Canal ú orillas del Manzanares, se acaba la Semana Santa, y esta *Revista* que, aunque corta, me va pareciendo tan larga como aquella; y así determino ponerla fin y remate en este mismo renglon.

B. PEREZ GALDÓS.

¡CHARITAS! ¡VANITAS!

Hoy no podemos daros Revista de teatros, por la sencilla y concluyente razon de que estos han estado cerrados toda la semana.

Sin embargo, mirándolo bien, hay que reconocer que eso de decir que en estos días no ha habido teatros, no deja de ser algun tanto atrevido.

El espectáculo es tan inherente al hombre, que sin él no puede vivir. Búscale por todas partes y bajo todas formas y le necesita con tal extremo, que cuando no le encuentra en los demás, es capaz de buscarle dentro de sí mismo.

Por eso nos explicamos ese lujo deslumbrador desplegado estos días por las calles, esos curiosos círculos formados á la puerta de las iglesias, etc., etc.

Dejando á un lado mil detalles que no son de este lugar, y que callamos porque si, fijémonos única y esclusivamente, en una mesita colocada á la salida de las iglesias, alumbrada por dos candelabros de plata y que tiene en su centro una gran bandeja del mismo metal. Detrás de ella se hallan sentadas tres elegantes damas, una de las cuales no cesa de dar acompañados golpes con una moneda sobre la citada bandeja.

Este es el argumento de la comedia que vamos hoy á examinar al vuelo.

La escena pasa en los labios de muchas personas.

—Voy á echar un duro en la bandeja de la señora de M.

—Hombre, ¿qué generoso te has vuelto!

—Pretendo á su hija; la madre tiene dudas sobre mi fortuna y es preciso ir la convenciendo.

—¡Pero si no tienes un cuarto!

—No importa. Desde que me he propuesto conquistarla, gasto lo mio y lo ajeno precisamente en lo que no me hace falta y me privo de todo lo que necesito. Así, cada día voy siendo mas pobre, pero cada día parezco mas rico, que es lo que conviene. Desengáñate, chico, todo consiste en invertir los términos y hacer á los guantes, al frac y á estas limosnas artículos de primera necesidad, y al pan y á la habitacion artículos de lujo.

Un caballero (acercándose á la mesa).—A los pies de usted, señora. Aquí tiene usted esta pobre ofrenda.

La señora.—Mil gracias, amigo mio.

El caballero. (Mucho dinero es. Pero ¡bah! ¡Es la esposa del ministro; de fiyo le contará mi generosidad y entonces es probable que se decida á darme la cruz que le he pedido!)

—Juanito, ¿no me da usted nada para los pobres?

—¡Oh! sí señora, con mucho gusto. (Es el último duro que me quedaba; ¡dichosos los pobres que pueden pedir limosna!)

—¿Has visto á Sofia en el Cármen?

—No.

—Pues allí estaba pidiendo para la Inclusa.

—¡Ah! entonces ¿cómo quieres que la viera?

—Yo he tenido que verla por fuerza; ya sabes que la hago el amor, y darla una limosna es de muy buen efecto.

—Entonces...

—Si hubieras visto con cuánta gracia me saludó al

retirarme... Cuarenta reales me ha costado aquella mirada. Pero, chico, ¿qué mirada!

—Pues, hombre, que Dios te la vuelva ciega.

—¿Por qué?

—Porque si sigue así, con unas cuantas miraditas te envia derecho á San Bernardino.

Monólogo de un pollo el Jueves Santo por la mañana.—Doce invitaciones en un mismo día. Es decir, cerca de una onza gastada en la Beneficencia. Me asusta pensar lo caritativo que voy á ser.

—¿Cómo es eso, Luis, hoy no sales de casa?

—Hombre, ¿no sabes que estos días estoy en Toledo?

Un banquero (en su despacho).—La baronesa de H... pide en Santo Tomás. La enviaré 1.000 rs. Mañana lo sabrá todo Madrid y nadie creerá á los necios que pregonan mi quiebra.

La esposa del banquero (en su gabinete).—Para la baronesa de H..., ¿cuánto la entregaré?... La Marquesita lo menos la dará 200 rs.; pues allá van 400. Es preciso que la eclipse yo hoy, ya que la otra noche me eclipsó ella en el baile con su aderezo de brillantes.

—¿Cuánto te ha dado Arturo?

—Diez reales: está visto; es un pobre diablo ó un avaro. ¿Y á ti, Luis?

—Nada menos que este billete. ¡Oh! hace tiempo que estoy convencida de que me quiere de veras.

—¿Cuánta gente hay aquí, mamá!

—Sí: esta es la iglesia mas concurrida de Madrid. Mira: toma este duro y llévale á aquella bandeja; pero levanta mucho la mano y échale desde lo alto para que suene.

Un filántropo muy rico (llenándose de oro los bolsillos).—Vamos á recorrer las iglesias. ¡Los pobres, los pobres! ¡Benditos sean los pobres! Ellos son mi mayor riqueza. Ellos hacen mi fortuna. Sin ellos, ¿quién se ocuparía de mí? ¿quién me elogiaria? ¿cuándo ni por qué me vería yo en letras de molde? ¿Con qué lograria la celebridad que he conquistado con mis limosnas? Me horroriza pensar lo que yo seria en un país en que no hubiera pobres. ¡Oh! digamos con no sé qué sábio: «Si no hubiera pobres, habria que inventarlos.»

—¿Has echado en la bandeja de la de X...?

—Naturalmente. La he echado dos duros. No tenia mas remedio. Ya ves; cuatro veces he asistido á sus bailes y me ha obsequiado con un reíresco.

—Pues caros te ha cobrado los sorbetes.

—¿Qué quieres? Adivinándolo sin duda, tomé ocho cada noche. He gastado hasta mi último ochavo en limosnas. No cuesta menos pasar por persona decente.

La dama que ha pedido, al retirarse.—¡Cuánto oro! No dirán que no tengo amigos generosos.

Los amigos generosos.—Nos parece que no se quejará de nosotros.

Los pobres, contemplando la bandeja.—La vanidad la ha llenado. Pero, ¿qué importa? Al fin mañana tendremos pan.

Pensamiento moral de la comedia.—Considerando en su conjunto las causas y los efectos de la vanidosa virtud, ó si queréis mejor, vanidad virtuosa que hemos observado, preciso es confesar que en la vida hay virtudes que parecen defectos y defectos que tienen algo de virtudes.

EMILIO.

LA CONJURACION DE LAS PALABRAS.

CUENTO ALEGÓRICO.

Erase un gran edificio llamado *Diccionario de la lengua castellana*, cuyo tamaño era tan colosal y fuera de medida, que, al decir de los cronistas, ocupaba casi la cuarta parte de una mesa, de estas que, destinadas á muchos usos, vemos en las casas de los hombres. Si hemos de creer á un viejo documento hallado en un viejísimo pupitre, cuando ponían al tal edificio en el estante de su dueño, la tabla que le sostenía amenazaba ruina, con detrimento de todo lo que encima había. Formábanlo dos anchos murallones de carton, forrados en piel de becerro jaspeado, y en la fachada, que era también de cuero, se veía un ancho cartel con letras doradas, que decían al mundo y á la posteridad el nombre y la significación de aquel gran monumento.

Por dentro era una maravilla tan curiosa, que ni el mismo laberinto de Creta se le igualara. Dividíanlo hasta seiscientos tabiques de papel con sus números llamados páginas; cada tabique estaba subdividido en tres galerías ó columnas muy grandes, y en estas galerías se hallaban innumerables celdas, donde vivían los ochocientos ó novecientos mil seres que en aquel vastísimo y complicado recinto tenían su habitación. Estos seres se llamaban palabras.

* *

Una mañana sintióse un gran ruido de voces, patadas, choques de armas, roces de vestidos, llamamientos y rumores, como si un numeroso ejército se levantara y vistiera con grande prisa, apercibiéndose para una atroz y descomunal batalla. Y á la verdad, batalla ó cosa parecida debía ser, porque á poco rato salieron todas ó casi todas las palabras del *Diccionario*, formadas en orden, con fuertes y relucientes armas, formando un escuadrón tan grande que no cupiera en la misma Biblioteca Nacional. Magnífico y sorprendente era el espectáculo que este ejército presentaba, según me dijo el testigo ocular que lo presencié todo desde un escondrijo inmediato, el cual testigo ocular era un viejísimo *Flos sanctorum*, forrado en pergamino, que en el propio estante se hallaba á la sazón.

La comitiva avanzó hasta que estuvieron todas las palabras fuera del edificio; trataré de describir el orden y aparejo de aquella procesión, siguiendo fielmente la veraz, escrupulosa y auténtica narración del *Flos sanctorum*.

Delante venían unos heraldos llamados Artículos, vestidos con relucientes dalmáticas y cotas de finísimo acero; no llevaban armas, y si los escudos de sus señores los Sustantivos, que venían un poco más atrás. Estos formaban un número cuasi-infinito, y estaban todos tan vistosos y gallardos que daba envidia el verlos. Unos llevaban resplandecientes armas del más puro metal, y cascos, en cuya cimera ondeaban plumas y festones; otros vestían forrigas de paños de Segovia con listones de oro y adornos recamados de plata; otros cubrían sus cuerpos con luegos trajes talarés, á modo de senadores venecianos. Unos iban caballeros en poderosísimos potros cordobeses, y otros á pié. Algunos había también menos ricos y lujosos en el vestir que los demás; y aun puede asegurarse que había bastantes pobremen- te vestidos, si bien estos eran poco vistos, porque el brillo y esplendor de los otros, como que les ocultaba y oscurecía. Al lado de los Sustantivos estaban los Pronombres, que iban á pié y delante, teniendo la brida de los caballos, ó detrás, sosteniendo la cola del vestido de sus amos, ó guiándoles á guisa de lazarillos, ó bien dándoles el brazo para sostener de sus flacos cuerpos; porque sea dicho de paso, también había Sustantivos muy valetudinarios y decrepitos, y algunos parecían próximos á morir. También es cierto que había algunos Pronombres que se hallaban allí representando á sus amos, que se habían quedado en la cama por enfermos ó perezoso, y estos Pronombres formaban en la línea de los Sus-

tantivos, como si de tales tuvieran categoría. No es necesario decir que los había de ambos sexos; y las damas cabalgaban con tanto donaire como los hombres, y aun esgrimían las armas con tanto desenfado como ellos.

Detrás venían los Adjetivos, todos á pié: y eran como servidores ó satélites de los Sustantivos, porque formaban al lado de ellos y atendían á sus razones para obedecerlas. Era cosa sabida que ningún caballero Sustantivo podía hacer cosa buena sin el auxilio de un buen escudero de la familia de los Adjetivos; pero estos, apesar de la fuerza y significación que prestaban á sus amos, no valían solos ni un ardite, y se aniquilaban completamente en cuanto quedaban solos. Eran muy brillantes y primorosos sus vestidos y adornos, de colores vivos y formas muy determinadas; y lo más particular era que cuando se acercaban al Sustantivo este tomaba el color y la forma de aquellos, quedando transformado al exterior, aunque en la esencia el mismo.

Como á diez varas de distancia venían los Verbos, que eran unos seres de lo más extraño y maravilloso que puede concebir la fantasía.

No es posible decir su sexo, ni medir su estatura, ni pintar sus facciones, ni contar su edad, ni definirlos con precisión ni exactitud. Baste saber que se movían mucho, y á todos lados, y tan pronto iban hacia atrás como hacia adelante, y se juntaban dos para andar juntos. Lo cierto del caso, según me aseguró el *Flos sanctorum*, es que sin tales Verbos no se hacía cosa á derechas en aquella república, y, si bien los Sustantivos eran muy útiles, no podían hacer nada por sí, y eran como unos instrumentos ciegos, cuando no los dirigía algún Verbo. Tras estos venían los Adverbios, que tenían catadura de pinches de cocina: no servían más que para prepararles la comida á los Verbos y servirles en todo. Es fama que eran parientes de los Adjetivos, como lo acreditaban viejísimos pergaminos genealógicos, y aun había Adjetivos que servían en la clase de Adverbios, para lo cual bastaba ponerse una cola ó falda en esta forma: *mente*.

Las Preposiciones tenían un cuerpo enano; y más que personas parecían cosas que se movían automáticamente: iban junto á los Sustantivos para llevar recados á algún Verbo, ó vice-versa. Las Conjunciones andaban por todos lados metiendo bulla; y había especialmente una llamada *que*, que era el mismo enemigo; y á todos los tenía revueltos y alborotados, porque indisponía á un señor Sustantivo con un señor Verbo, y á veces trastornaba lo que este decía, variando completamente el sentido. Detrás de todos venían las Interjecciones, que no tenían cuerpo, sino tan solo unas cabezas con una gran boca, siempre abierta. No se metían con nadie, y se manejaban solas; que aunque pocas en número, es fama que sabían hacerse valer.

De estas palabras algunas eran nobilísimas y llevaban en sus escudos delicadas empresas, por donde se veía en conocimiento que tenían abolengo latino ó árabe; otras no tenían alcurnia antigua y eran nuevecillas y de poco más ó menos. Las nobles las trataban con desprecio. Algunas había también que estaban en calidad de emigradas de Francia, esperando el tiempo para adquirir nacionalidad. También había algunas que se caían de puro viejas, y estaban arrinconadas, aunque las demás tenían consideración á sus canas; y las había también tan petulantes y pretenciosas, que desdeñaban á las demás mirándolas de soslayo.

* *

Llegaron á la plaza del estante, y la ocuparon toda. El Verbo *Ser* hizo una especie de cadahalso ó tribuna con dos admiraciones y algunas comas que por allí había, y subió á él con intención de hablar; pero le quitó la palabra un Sustantivo muy travieso y hablador, llamado *Hombre*, el cual, subiendo á los hombros de sus dos edecanos los nobles Adjetivos *Racional* y *Libre*, saludó á la multitud, quitándose la *H*, que á guisa de sombrero le cubría, y empezó á hablar en estos ó parecidos términos:

«Señores: la osadía de los escritores españoles ha irritado nuestros ánimos; y es preciso darle justo y pronto castigo. Ya no basta introducir en sus libros palabras francesas, con gran detrimento nuestro, sino que cuando, por casualidad se nos emplea, trastornan nuestro sentido y nos hacen decir lo que no significamos. (*Bien, bien*.) De nada sirve nuestro noble origen latino, ni la exactitud de nuestro significado. Se nos desfigura de un modo que da grima y dolor el recordarlo. Así, permitidme que me conmueva, porque las lágrimas brotan de mis ojos y no puedo reprimir la emoción.» (*Nu-tridos aplausos*.)

El orador se enjugó las lágrimas con la punta de la *e*, que le servía de faldón, y ya se preparaba á continuar, cuando le distrajo el rumor de una disputa, que no lejos se había entablado.

Era que el Sustantivo *Sentido* estaba dando de mogicones al Adverbio *Comun*, y le decía:

—Perro, follón y súcio vocablo: por tí me traen ascendado, y me ponen como salvaguardia de toda clase de desatinos. Desde que un escritor no entiende palatada de una ciencia, se escuda con el *sentido comun*, y ya le parece que es el más sábio de la tierra. Vete, súcio Adjetivo, lejos de mí, ó te juro que no saldrás con vida de mis manos.

Y al decir esto, el *Sentido* enarboló la *t*, y dándole un garrotazo con ella al Adjetivo, lo dejó tan mal parado, que tuvieron que ponerle un vendaje en la *o*, y bizmarlo las costillas de la *m*, porque se iba desangrando por allí, con más prisa que satisfacción.

—Haya paz, señores, dijo un Sustantivo femenino llamado *Filosofía*, que con dueñescas y blanquísimas tocas apareció entre el tumulto. Mas en cuanto le vió otra palabra llamada *Música*, se echó sobre ella y empezó á mesarla los cabellos y á darle coces, diciendo:

—Miren la bellaca, la sándia, la loca; ¿pues no quiere llevarme encadenada con una Preposición, diciendo que yo tengo Filosofía? Yo no tengo sino Música, hermana, y ruegue á Dios no se pudra de vieja, si anda en compañía con la *Alemana*, que es otra vieja loca.

—Quita allá, pazpuerca, dijo la *Filosofía* arrancándole á la *Música* el penacho ó acento que muy erguido sobre la *u* llevaba; quita allá, que para nada vales, ni sirves más que de pasatiempo pueril.

—Poco á poco, señoras mías, dijo un Sustantivo alto, delgado, flaco y medio tísico, llamado el *Sentimiento*. A ver, señora *Filosofía*, si no me dice usted esas cosas á la *Música*, ó tendremos que vernos los dos. Estése usted en paz, y deje á Perico en su casa, porque todos tenemos trapitos que lavar, y si yo saco los suyos, ni con colada habrán de quedar limpios.

—Miren el mocoso, dijo la *Razon*, que andaba por allí en traje de mañana, y un poquillo desmelenada; ¿qué sería de vuosas mercedes sin mí? No reñir, y cada uno á su puesto; que si me incomodo...

—No ha de ser; dijo el sustantivo *Mal*, que á la sazón llegaba.

—¿Quién le mete á usted en estas danzas, tío *Mal*? Váyase con Dios, que ya está demás en el mundo.

—No señoras, perdonen usías; que no estoy sino muy retebien. Un poco decaidillo estaba; pero después que he tomado este lacayo, que ahora me sirve, no me va tan mal.

Y mostró un lacayo, que era el adjetivo *Necesario*.

—Quitémela que la mato, dijo la *Religion*, que había venido á las manos con la *Política*; quitémela, que me ha usurpado el nombre para ocultar en el mundo sus socaliñas y gatuperios.

—Basta de alusiones personales, dijo el sustantivo *Neo*, que todo tiznado de negro se presentó para poner paz en el asunto.

—Déjelas que se arañen, hermano, dijo la *Hipocresía*, que estaba rezando el rosario en una sarta de puntos suspensivos; déjelas que se arañen, que ya sabe vuestra señoría que rabian de verse juntas. Entendámonos nosotros, y dejémoslas á ellas.

—Sí, bien mio... ¿pero cuándo nos casamos, dijo el Sustantivo masculino?

—Pronto, luz de mis ojos, dijo el femenino.

Mientras estos dos amantes desaparecían abrazados entre la multitud, se presentó un gallardo Sustantivo vestido con relucientes armas, y trayendo un escudo con primorosas figuras y lemas de plata y oro. Este sustantivo se llamaba el *Honor*, y venía á quejarse de los innumerables desatinos que hacían los humanos en su nombre, dándole las más raras aplicaciones y haciéndole significar lo que más les venía á cuento. Pero el sustantivo *Moral*, que estaba en un rincón atándose un hilo en la *l* porque se la habían roto en la refriega anterior, se presentó atrayendo las miradas de todos. Quejóse de que se le subían á las barbas ciertos adjetivos advenedizos; y concluyó diciendo que no le gustaban ciertas compañías y que prefería andar solo, con lo cual se rieron mucho otros Sustantivos, que no llevaban nunca menos de seis Adjetivos de servidumbre.

Entretanto, el sustantivo *Inquisición*, que era una vieja que no se podía tener, estaba pegando fuego á

una hoguerilla que habia hecho con interrogantes gastadas y palos de *t* y algunos paréntesis rotos, en la cual hoguera dicen que queria quemar á la *Libertad* que andaba dando zancajos por allí con singular gracia y desenvoltura. Por otro lado estaba el verbo *Matar* dando grandes voces y cerrando el puño con rabia, diciendo de vez en cuando:

—¡Si me conjugo!...

Lo cual oyendo el sustantivo *Paz*, vino corriendo con tanta prisa, que tropezó en la *z*, con que venia calzada y cayó cuan larga era dando un gran batacazo.

—Allá voy, dijo el sustantivo *Arte*, que ya se habia metido á zapatero. Allá voy á componer ese zapato, que es cosa de mi incumbencia.

Y con unas comas le clavo la *z* á la *Paz*, que tomó vuelo y se fué á hacer cabriolas ante el nombre propio *Chassepot*, de quien dicen que estaba grandemente enamorada.

No pudiendo el verbo *Ser*, ni el sustantivo *Hombre*, ni el adjetivo *Racional*, poner en orden á aquella gente, y comprendiendo que de aquella manera iban á ser vencidos en la desigual batalla que con los escritores españoles iban á emprender, resolvieron volverse á su casa. Dieron orden de que cada cual se fuera á su celda, y así se cumplió, aunque costó gran trabajo encerrar á algunos rezagados que se empeñaban en alborotar y hacer el coco.

Resultaron de este tumulto algunos heridos, que aun están en el hospital de sangre del *Diccionario*. Han determinado congregarse de nuevo para examinar los medios de imponerse á los escritores. Se está redactando un reglamento que establecerá el orden en las discusiones. Aquella conjuración no tuvo resultados, pues gastaron el tiempo en estériles debates y luchas intestinas, en vez de congregarse para combatir al enemigo comun: así es que concluyó todo con mas prontitud que frato.

El *Flos sanctorum* me aseguró que la *Gramática* habia mandado al *Diccionario* una embajada de géneros, números y casos, para ver si por las buenas y sin derramamiento de sangre, se arreglaban los trastornados asuntos de la *Lengua castellana*.

B. PEREZ GALDÓS.

DATOS PARA LA HISTORIA.

CUENTO, POR ALFONSO KARR.

(Continuacion.)

De pronto se oye á lo lejos ruido de voces y de pasos. El príncipe manda dirigirse hácia la derecha para alejarse de este ruido. Deben hallarse muy cerca de la ciudad y penetrarán en ella por la última puerta del lado contrario. Pero ¡calle! ¿es ya de día? ¡Que rojizo está el cielo! Nunca se ha visto una aurora tan espléndida y brillante levantarse por detrás de Nihilburgo. Adelantan un poco mas. ¡Oh cielos! ¡Son llamas! ¡La ciudad está ardiendo! Dejan los prisioneros y el botín al cuidado de un tercio del ejército y los demás se precipitan á apagar el incendio.

¿Cómo es que no se oye ningún grito pidiendo auxilio? ¿Habrá sucumbido las mujeres y los niños presa de las llamas sin despertarse? Llegan, por fin, dominan el fuego que ha reducido ya dos cabañas á cenizas, y se encuentran con que todas las casas están abandonadas.

Raya el alba por fin, llegan el botín y los prisioneros conducidos por los vencedores, que entonan cantos guerreros. Nadie sale de las casas. Se encierra provisionalmente á los prisioneros en dos abandonadas, y se ponen en ellas centinelas.

Todos se apresuran á entrar en sus casas con su parte de botín, y el príncipe Cederico es de los primeros. Pero ¡cuál es su sorpresa al no hallar ninguna de las damas de la princesa! Se apresura á entrar en la habitación de esta y no está tampoco! Quédate sorprendido del desorden que reina, de los muebles rotos, de las puertas arrancadas: el palacio ha sido sin duda saqueado. El príncipe, en el colmo de la desesperación, quiere sentarse y no encuentra ni una silla.

Y no es el monarca el único que sufre tan dolorosa sorpresa. Todos sus súbditos encuentran sus respectivas moradas escrupulosamente desalquiladas. No hay en Nihilburgo ni una mujer, ni un niño, ni un viejo, ni siquiera un mueble entero.

Se reunen todos tumultuosamente en la plaza pública,

y el príncipe arenga á sus súbditos, manifestándoles que todo induce á creer que el pérfido enemigo, abusando cobardemente de las sombras de la noche, ha penetrado en la ciudad y se ha abandonado con infame menosprecio del derecho de gentes á todos los horrores de que es capaz una soldadesca desenfrenada.

Llenan entonces todos á los microburgueses de dictorios y maldiciones, y se admiran sinceramente de que el cielo deje impunes á bandidos semejantes.

No menos se admiraban al mismo tiempo los microburgueses en su desierta capital de que el cielo no destruyera con un rayo de su cólera á los malvados nihilburgueses.

Como habrán conocido ya mis lectores, el mismo día de la *fiesta de la paz*, los microburgueses habian pensado como los de Nihilburgo que seria fácil sorprender á sus vecinos y enemigos trastornados sin duda por los vapores del vino. Se habian puesto en camino por sendas estraviadas, y habian tenido las mismas vacilaciones, los mismos terrores, idéntico éxito que los nihilburgueses, llevándose, como estos, todo lo que encontraron en la ciudad y encontrándose tambien sus hogares desiertos; catástrofe que, como á los otros, les impulsó á maldecir á sus enemigos y á creer que Dios se apresuraria á castigar cruelmente su injustificable perfidia.

El duque Ernesto de Microburgo habia sido mas afortunado que su enemigo, porque encontró en el palacio del príncipe Cederico CXXVII á la esposa de este, la bella Foedora y se la llevó consigo apesar de sus lágrimas y de sus súplicas.

No necesito decir que al encontrarse mutuamente en tan envidiable estado, no tardaron las dos naciones en enviarse parlamentarios para arreglar el asunto de la mejor manera posible y á gusto de todos. Al cabo de largas discusiones, se convino en que cada uno devolvería lo que habia tomado en el país vecino, y que de la expedición no les quedaria á ambos países mas que la gloria de haberla ejecutado.

Firmado el pacto, fué preciso proceder á su realización. Se comenzó por cambiar el oro y la plata, luego los muebles, despues los animales, y por fin se llegó á la parte mas difícil y delicada del cambio: á dar y tomar las mujeres.

Unos y otros se habian escedido algo, como es de costumbre en el saqueo de una ciudad, unos y otros habian abusado mas ó menos de las influencias del vencedor y dueño sobre las vencidas esclavas.

De aquí que cada uno, al recordar el poco respeto que habia tenido al honor conyugal de sus vecinos, no pudiera dejar de estremecerse pensando que su propia mujer se encontraba en posición idéntica á la del enemigo que él guardaba en rehenes. Sin embargo, apesar de la igualdad de ambas situaciones, como cada uno se creia mejor mozo y más simpático que los demás hombres, como pensaba que su esposa le adoraba de un modo singular y casi único, natural era que pensase que de fijo habia evitado por su parte la desgracia que á los demás habia cabido en suerte.

Por otro lado, tanto las nihilburguesas como las microburguesas, cual si todas se hallaran de comun acuerdo, al volver á sus casas, se apresuraban á asegurar que en sus raptos solo habian encontrado buen proceder, respeto y cortesía, y todas juraban y perjuran que no se habian atrevido ni á cogerlas la mano; lo cual, microburgueses y nihilburgueses respectivamente creian de muy buen grado, sintiéndose así dispuestos á dar las mas fervientes gracias á Dios y á su fortuna.

Entretanto, los nihilburgueses no se cansaban de burlarse unos con otros de sus enemigos, acusándolos de tímidos, inocentes y necios.

Mientras, los microburgueses por su parte decian:

—¡Pobres nihilburgueses! Es la gente mas cándida y timorata del mundo. Ya podemos darles mujeres á guardar, porque está visto que son unos pobres diablos.

Y sonreian de la manera mas maliciosa que puede imaginarse.

Y no era esto solo, sino que al mismo tiempo que cada habitante de Microburgo y de Nihilburgo se creia particularmente favorecido por el cielo y concedia una fé ciega á la relación de su mujer sobre las consideraciones de que habia sido objeto, no cesaba de reirse interiormente de la credulidad de sus vecinos, que sin fundamento de ningún género pensaban que los enemigos habian respetado á sus esposas, al tenerlas prisioneras.

(Se continuará.)

SALA DE VARIOS.

¡AY!

A veces, caro lector
siento impulsos de gritar:
¡favor! ¡socorro! ¡favor!
y es que padezco un dolor
que no lo puedo aguantar.

A veces vengo inspirado
con afán de distraeros,
y escribo mas que el Tostado;
pero estoy tan trastornado,
que pongo por letras... ceros.

Este dolor tan cruel,
lector, ni crece ni mengua,
y consumiéndome en él,
aun no sé si está en mi piel,
en mis huesos ó en mi lengua.

«No tenga usted aprension,»
me dijo ayer D. Torcuato,
el profesor de violon;
«ese mal, en mi opinion,
no es mas que un dolor... de flato.»

«¡Flato! ¡Si señor! ¡Caball!»
—dijo entonces don Rufino;—
«yo me he curado ese mal,
y de un modo radical,
tomando sopas en vino.»

«¡Estrano remedio á fél!»
gritaron todos en coro;
y yo entonces protesté,
temiendo que el comité
me tomase por un loro.

Dicenme que tengo miedo;
y yo sin querer me apoco,
que aunque á los males no cedo,
la verdad es, que no puedo
hablar, ni escribir tampoco.

*
**

Acercóse un pollo el Jueves Santo á saludar á una linda y elegante jóven que estaba sentada junto á una mesa de petitorio en una de las iglesias de esta corte.

—A ver qué me da usted para los pobres, le pregunta esta.

—¡Para los pobres! Ha de saber usted que yo soy el pobre mas pobre, y que hoy la pido la limosna de una palabra cariñosa.

—Es que yo solo acostumbro á socorrer la miseria justificada, contesta tranquilamente la discreta jóven.

*
**

Los periódicos de Paris dan noticia de un ingenioso reclamo ideado por una modista del faubourg Saint-Germain.

Vive en una calle estrecha, cuya acera es casi microscópica. Pasa una señora por delante del establecimiento y se siente cogida por detrás; tira del vestido y este se rompe y continúa enganchado en una pepueña escarpia, especie de anzuelo, cuida losamente disimulado.

Inmediatamente salen dos ó tres jóvenes de la tienda, lamentan el percance y hacen entrar á la señora para coserla aquel giron.

Una vez dentro la victima, se apresuran á abrir cajas, á sacar lazos, flores, encajes, etc., á colocarlos sobre el mostrador, á mudarlos de sitio, á correr de una parte á otra, á hacer paquetes, á abrir cartas; en una palabra, despliegan una actividad inusitada, y entretanto se oye una voz que no cesa de decir:

—No olvidad que la señora condesa espera su adorno para el baile de esta noche.

—¿Han llevado ya el sombrero de la señora princesa?

—La señora duquesa de M... me encarga que le lleven enseguida una caja de blondas última moda, para escoger.

Y no se cesa de oír órdenes y preguntas, hasta que la dama, maravillada con tanto movimiento, concluye por caer en el lazo, y compra un prendido, una cinta, cualquier cosa; y en cuanto sale, se apresura á recomendar á sus amigas su nueva modista, como la mas de moda de todo el barrio.

Traslado á las modistas españolas.

* * *

Los Bufos madrileños deben haber comenzado anoche sus representaciones en Lisboa.

Aquí tienen ustedes lo que dice acerca de ellos un grave periódico portugués, nada menos que *A Revolução de Setembro*:

«COMPANHIA HESPAÑOLA.—Chegano domingo a Lisboa a famosa companhia de buffos madrileños que se destina a trabalhar no Circo. O Director e principal actor o Sr. Arderius está já nesta cidade; as obras que o proprietario do Circo mandou fazer achara-se muito adiantadas; pintam-se com grande actividade algunas vistas novas; alarga-se o palco; terram-se de novo os camarotes; prepara-se tudo enfim para que os triumphos della companhia—que tem nada menos de setenta e tres figuras—principiem quanto antes. O primeiro espectáculo, que deve ser no sabbado de alevia, far-nos-ha conhecer o *Orfeo nos infernos*, de Offenbach, musica graciosissima, poema espirituoso e feliz, que representa oiro para as empresas e que tem corrido o mundo entre applausos. Arderius, o celebre actor, apparecerá na segunda recita. As artistas, flor da formosura hespanhola, vao pôr em perigo os corações portuguezes e levar-nos, sem darmos por isso, até a uniao iberica. Preparar!

¿Qué les parece á ustedes?

¿No es verdad que el *¡preparar!* con que concluye es de muy buen efecto?

Ya estamos viendo que Lisboa entero se nos va á venir aqui tras *da formosura suripanta*.

* * *

El célebre médico inglés, Cortis, visitaba á un lord archi-millonario que sufría con frecuencia violentos accesos de gota.

—Padezco mucho con esta horrible dolencia, le dijo un dia desesperado el opulento enfermo, ¿no habrá ningún medio de curarme radicalmente?

—Uno hay, pero es muy heroico y dudo que os atrevas...

—Sepamos.

—Vivid con medio schelin diario y ganadle con vuestro trabajo, le contestó el sabio doctor.

* * *

Me casé hace doce años con Sofia; no era aquello mujer, era una harpía, y eso que yo la daba con denuedo cada paliza que cantaba el credo.

Por fin el Cielo quiso llevarse aquel demonio de improviso: desde entonces, señor don Amadeo... ¡solo en la paz de los sepulcros creo!

* * *

No puede negarse que la moda es una diosa caprichosa.

Si alguien lo dudara, se convencería de que así es solo con detenerse en la calle de Carretas, por ejemplo, cuatro minutos en estos dias, en que el sexo bonito luce los trapillos nuevos.

Vea usted *caidas* de vara y media hasta tocar los cordones de las botitas, y faldas cortas, *cortitas*, dejando descubierta toda la obra prima del maestro Reynaldo y ainda mais en algunas beldades.

Dadas las *faldas* de moda, nos parecen muy naturales las *caidas*.

Solo que aunque las *caidas* son propias de todo tiempo, no nos lo parecen mucho las *faldas* á lo *bolera* de la Santa Semana que acabamos de pasar.

Bien que ya estamos en Pascua, y en el Retiro y la Castellana encontrará la caprichosa diosa lugar muy pro-

pio para repetir la esposicion de los trapillos que se lucieron el jueves y viernes por las calles de la villa del oso.

* * *

No hay que apurarse, señores. En cuanto la compañía de los Bufos ha traspuesto la frontera, en el teatro del Circo, como quien dice, en el vergel de las suripantas, ha nacido por ensalmo otra compañía de Bufos, con su apuntador y todo, que no hay mas que pedir.

Y si esta se trasplantara, á los pocos minutos apareceria en el mismo sitio otra, y luego otra, y así hasta lo infinito. El abono de Arderius ha fecundado aquella tierra.

Está visto que los Bufos son como las yerbas que crecen en los caminos; apenas se les arranca, brotan de nuevo.

* * *

El domingo se vendía por las calles de Valencia el primer número del *Satanas, periódico infernal, órgano autorizado de todos los demonios*, que ostenta por viñeta una bomba en el acto de reventar y por lema estas palabras: «Hoy mas desvergonzados que ayer y mañana mas que hoy.»

La redaccion está compuesta del siguiente modo: Director, Satanás. Redactores: Mefistófeles, Mammon, Belcebú, Lucifer, Luzbel, Belial, Moloch, Pluton, Proserpina, Soberbia, Abaddon, Avaricia, Ira, Adés, Adonis, Lujuria, Gula, Baal, Envidia, Pereza, Adramelec, etc. Todos los demás diablos son cola-boradores.

¡Ave María Purísima! Bien puede decirse que anda el diablo suelto por las orillas del Turia. ¡Y en domingo de Ramos!

ANUNCIOS.

NICOLAS VILAPLANA GALAN,

GRABADOR EN MADERA.

Ofrece á sus favorecedores su nueva habitacion, calle de Fomento, 46 y 48, segundo.

TRIVIÑO, CIRUJANO-DENTISTA.—CURA TODAS las enfermedades de la boca, pone dientes y obturadores por todos los sistemas, estraee las muelas que no puedan ser curadas, sin dolor, por medio de un aparato anastésico. Calle de Felipe III, núm. 7.

AÑO XXVII DE PUBLICACION.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

periódico especial de señoras.

Magnifico y aristocrático álbum de bordados, labores. Cortes de vestidos y trajes, figurines iluminados y en negro, tapicerias, patrones, etc.

SECCION LITERARIA ESCOGIDISIMA.

CUATRO EDICIONES AL ALCANCE DE TODOS.

Se remitirá un número de muestra á quien le pida. Administraciones centrales: Madrid, libreria de Bayly Bailliere; Cádiz, Ahumada, 5; Paris, Madame C. Smit, rue Favart, 2; Lisboa, L. E. Cardoso Guedes, rua do Libramento. Habana, Gonzalez Tanago, calle de Habana.

SANTO DEL DIA.

San Victor y San Cenon.

CULTOS. Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Santo Tomás.

BOLSA

COTIZACION OFICIAL DEL DIA 11.

Fondos públicos.

3 por 100 consolidado al contado, 34-20.
Idem á fin de mes, 34-75.
Idem á fin del próximo, 00-00.
Id. por 100 diferido al contado, 32-80 d.
Idem á fin del próximo, 00-00.
Amortizable de 1.ª clase, 00-00.
Idem de segunda, 00-00.
Deuda del personal, 25-25 d.
Billetes hipotecarios, 98-30.

Carreteras y sociedades.

Emision de Abril de 4.000, 83-50 d.
Idem de 2.000, 88-00 d.
Idem de Junio, de 2.000, 93-50.
Idem de Agosto, de 2.000, 77-00.
Idem de Marzo, de 2.000, 70-00.
Idem de Julio, de 2.000, 73-00.
Obras públicas, de 2.000, 72-25 d.
Canal de Isabel II, 1.000, 103-00 d.
Obligaciones de ferro-carriles, 66-90
Idem nuevas, de 2.000, 66-00.
Idem, id., de 20.000, 00-00.
Banco de España, 140-50.

Cambios extranjeros.

Londres 90 d. f., 49-75.
Paris, á 8 d. v., 5-17 d.

ESPECTACULOS.

REAL.—A las ocho y media.—Funcion 138 de abono.—*La mutta di Pórtici*.

PRINCIPE.—A las cuatro y media.—*Cajon de sastrer*.—*El mudo por compromiso*—A las ocho y media.—*La levita*—*La voz del corazon*.

ZARZUELA.—A las cuatro y media.—*La varita de virtudes*.—A las ocho y media.—*La varita de virtudes*.

BUFOS.—A las cuatro y media.—*La almoneda del diablo*.—A las ocho y media.—La misma.

NUEVA INFANTIL.—(Carretas, 14, Por actores).—A las ocho.—*El hombre propone*.—*La paciencia de papá*.—Don Ramon.

GALLOS.—Circo de Santa Bárbara.—A las doce de dia.—Grandes peleas.

TEATRO DE VERANO.—(Circo de Paul).—A las ocho y media.—*La piedra de toque*.—Baile.—Don Sisenando.

CAMPOS ELISEOS. Gran funcion por la sociedad de la *Nueva Infantil*.

PLAZA DE TOROS.—A las cuatro y media.—Media corrida extraordinaria, en la que se lidiarán seis toros de D. Justo Hernandez.

Editor responsable D. JOSÉ GARCÍA.

Madrid.—1868.

Imprenta de Faraldo y Pastor, Fomento, 18.